



1. La Unión Europea a la deriva

Crisis del eurocentrismo y del europeísmo de mercado

Jaime Pastor

La tendencia al declive de la Unión Europea en el contexto global, e incluso a la implosión de la eurozona por el temible “efecto contagio” de la tragedia griega, no es ya un pronóstico proveniente de los sectores más euroescépticos o alternativos sino que procede también de “think tanks” que hasta fechas recientes eran incondicionales del “proyecto europeo”. Está todavía por ver si ese doble proceso se profundiza en los próximos años, pero lo que sí parece probable es que se acentúe la crisis del eurocentrismo no sólo desde el punto de vista geopolítico y geoeconómico sino también en tanto que “*vicio cognitivo*”, hegemónico en el mundo desde 1492, como bien se plasmó en la cartografía desde que el flamenco Mercator diseñó el mapa del mundo en 1569 colocando –y sobredimensionando– en el centro a Europa.

En efecto, si tal como se recoge en *Wikipedia*, basándose en aportaciones de Samir Amin y Enrique Dussel, definimos el eurocentrismo como “*un vicio cognitivo que supone la existencia de experiencias históricas lineales movidas por esquemas culturales fijos, correspondientes a los provistos por la historia europea, considerando a las trayectorias no europeas como formaciones incompletas o deformadas*” y si recordamos que, aunque sus orígenes se encuentran en el “descubrimiento” de América, su codificación se sitúa principalmente a partir de finales del siglo XVIII –cuando se produce su verdadero ascenso global con la ayuda del “*legado robado*” de Oriente–, hay razones para sostener hoy que nos encontramos al final de ese largo ciclo histórico o, al menos, ante la crisis de la centralidad de “Occidente” en el mundo del siglo XXI.

Porque es con su despegue industrial y capitalista cuando “Europa” formaliza su triunfalismo reafirmando su identidad común en relación a su “Otro” –su ya viejo enemigo de “Oriente”– y des-conociendo a los “indios” de América o a los “negros” de Africa al considerarlos simplemente “primitivos”. Es entonces cuando se impone definitivamente un “*universalismo europeo*” (Wallerstein, 2007)

que se va convirtiendo en vara de medir desde una visión teleológica de la historia y la consiguiente distinción entre países “avanzados” y países “atrasados” según los patrones europeos, fusionando –y confundiendo– así tiempo y espacio. Un eurocentrismo que se transformaría luego en “euro-norteamericanismo” o, simplemente, en “Occidente” como paradigma de referencia universal, pero que cada vez tuvo más dificultades en ocultar su lado oscuro, el del racismo, destinado a “trazar las distinciones esenciales entre las diferentes partes del mundo” (Agnew, 2005: 29) y a justificar así esos “laboratorios de la Modernidad” que fueron, tras la primera operación de “limpieza de sangre” en tierras hispanas, la esclavitud, las guerras y genocidios que acompañaron al colonialismo y al imperialismo y que luego volvieron a Europa con el exterminismo nazi.

En ese sentido el eurocentrismo apareció como la versión hegemónica de la Modernidad a partir de sus dos principales mitos fundantes: “uno, la idea-imagen de la historia de la civilización humana como una trayectoria que parte de un estado de naturaleza y culmina en Europa. Y dos, otorgar sentido a las diferencias entre Europa y no-Europa como diferencias de naturaleza (racial) y no de historia del poder” (Quijano, 2000). En relación a Oriente ese paradigma “civilizatorio” dio lugar al “orientalismo”, tan constantemente criticado por Edward Saïd por considerar que, pese a la “benevolencia” y la calidad de muchos escritores incluidos en él, no dejaron por ello de legitimar la posición de Europa como la región dominante y superior, ya que tenía que asumir, en la fórmula de Kipling que se hizo tristemente famosa, la “pesada carga del hombre blanco” frente a los pueblos “inferiores”.

Pero lo más grave desde el punto de vista cognitivo ha sido “la idea de que la ciencia está en un lado y las decisiones políticas en otro (...); la separación entre la búsqueda de la verdad y la búsqueda de lo bueno y de lo bello” (Wallerstein, 2007: 82). Esa compartimentación interesada tuvo una traslación ideológica clave en la separación tajante entre economía y política impuesta por el liberalismo capitalista y ha predominado hasta nuestros días, como hemos podido comprobar hasta el estallido de la actual crisis sistémica, aunque todavía se obstine en sobrevivir recurriendo a las metáforas naturalistas (Lizcano, 2009).

La necesaria re-visión crítica del eurocentrismo

Pues bien, podríamos sostener hoy que durante la segunda mitad del siglo XX y, sobre todo, a partir del decenio de los 90, se ha ido produciendo una re-visión cognitiva de ese eurocentrismo, a la par que se han ido desarrollando luchas y cambios geo-económicos y geopolíticos fuera y dentro de “Occidente” cuestionando su centralidad. Hasta el flamante nuevo presidente del Centro para la Economía Global y la Geopolítica de ESADE, Javier Solana, ha llegado a reconocer con gran preocupación que “el mundo se está desoccidentalizando a marchas forzadas”¹¹.

Sin embargo, no es difícil intuir que el ya retirado representante exterior de la UE (y fiel servidor durante su mandato de la estrategia estadounidense) se refiere fundamentalmente al ámbito de la geo-economía y de la geopolítica, temeroso

de que el centro de ambas se traslade a Asia y principalmente a China e India y de que, en el marco de la crisis sistémica global, se creen nuevas “formaciones G” como la del G-2, las de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China) o la OPEP y, sobre todo, avancen procesos de “integración” en América del Sur y Asia, aunque sólo sea en el plano geoestratégico, como es el caso de la Organización de Cooperación de Sanghai. Pero no por ello deja de tener sentido ese reconocimiento parcial de una realidad que va más allá de un reequilibrio entre viejas y nuevas grandes potencias y de la pérdida de centralidad de “Europa”.

Fue precisamente en los comienzos del decenio de los 90 del siglo pasado, tras la caída del bloque soviético y ante la necesidad de justificar la existencia de nuevas amenazas y enemigos, cuando el “*universalismo europeo*” adoptó nuevas versiones en el plano geopolítico, geocultural y geoeconómico, bien resumidas por Wallerstein (2007:12):

La primera es el argumento de que las políticas que practican los líderes del mundo paneuropeo son en defensa de los ‘derechos humanos’ y para impulsar algo a lo que se da el nombre de ‘democracia’. La segunda forma parte de la jerga del choque de civilizaciones, donde se asume siempre que la civilización ‘occidental’ es superior a ‘otras’ civilizaciones porque es la única que ha logrado basarse en esos valores y verdades universales. Y la tercera es la defensa de las verdades científicas del mercado, el concepto de que ‘no hay más alternativa’ para los gobiernos que aceptar las leyes de la economía neoliberal y actuar con base en ellas.

A la vista de los acontecimientos vividos en los dos últimos decenios es obligado reconocer que, en el primero de los frentes de lucha hegemónica, sí ha habido logros notables de esa política mediante la práctica constante de un doble rasero a la hora de juzgar las violaciones de derechos humanos y los procesos electorales en distintas partes del planeta. Basta referirse a lo que ocurrió en la extinta Yugoslavia, por un lado, y al Estado genocida de Israel, por otro, o más recientemente a la beligerancia contra la “democracia iliberal” venezolana en contraste con la legitimación del golpe de estado en Honduras. Pero no por eso ese discurso conoce un desgaste notable, sobre todo cuando va acompañado por todo un arsenal de leyes liberticidas (en nombre de un discurso “*securitario*” y un Derecho penal del enemigo que están acabando con el Estado de Derecho) y una oligarquización y escándalos de corrupción crecientes dentro de los propios países occidentales.

En cuanto al discurso huntingtoniano del “*choque de civilizaciones*”, su trayectoria ha sido más tortuosa, ya que al ser llevada al extremo por los neoconservadores estadounidenses ha provocado no sólo el auge del fundamentalismo de referencia islamista sino también una división con algunos de sus aliados europeos, sólo

¹/ Un dirigente del PP, Gustavo Aristegui, ofrece una percepción más paranoide en su obra *Contra Occidente. La emergente alianza antisistema* (La esfera de los libros, 2008): en el nuevo siglo XXI estaría incubándose una “revolución antioccidental” promovida por una alianza entre los movimientos antisistema, los grupos antiglobalización, el populismo radical latinoamericano y el islamismo radical y su brazo ejecutor, el terrorismo yihadista.

superada bajo el mandato de Obama. Pero no cabe duda de que ese complejo de superioridad sigue funcionando tanto hacia fuera de “Occidente”, sobre todo en el plano militar –como ocurre en la “guerra necesaria” de Afganistán-Pakistán y en la defensa del Estado sionista de Israel– pero también en el socio-cultural y policial hacia dentro del mismo –mediante el aumento del racismo contra la población trabajadora inmigrante “no europea”. No obstante, aquí también las necesidades geopolíticas y geoeconómicas pasan más de una vez por encima de las geoculturales, siendo buena prueba de ello la contradictoria relación con Turquía, miembro clave de la OTAN y en disputa permanente sobre su pertenencia o no a Europa.

Pero es en el ámbito del fundamentalismo neoliberal en donde se puede encontrar hoy una notable pérdida de credibilidad del neoliberalismo como paradigma para salir de la crisis sistémica por él mismo generada, pese a que todavía continúa conformando el “sentido común” mayoritario “occidental” ante la ausencia de fuerzas socio-políticas capaces de ofrecer alternativas al mismo en esta región. Con todo, lo que sí se está produciendo en “Occidente” es un retorno de los Estados al primer plano en la búsqueda de nuevas formas de regulación coordinada de la crisis mediante lo que se ha podido definir como “keynesianismo perverso” sembrando así un clima de indignación popular cuyos efectos a medio plazo están todavía por ver. En cambio, sí adquieren credibilidad en otras regiones distintas vías de respuesta a la crisis sistémica y a ese paradigma neoliberal que, al menos parcialmente, apuntan a una etapa post-neoliberal, aunque no anti-capitalista ni antiproduccionista. Ése es el caso de Bolivia, Ecuador o Venezuela o, en un sentido muy distinto, el de China.

Ha sido también en los últimos 20 años –aunque sus orígenes se encuentren ya antes y sólo empezaron a hacerse visibles a partir de las luchas anticoloniales y antiimperialistas del siglo XX y en el “post-sesentayochismo”– cuando, además de las corrientes fundamentalistas reactivas de distinto signo procedentes de distintas regiones del mundo, habría que destacar el creciente cuestionamiento del eurocentrismo como cosmovisión, ya sea desde un ecologismo cada vez más transnacional y global, desde la irrupción pública de los pueblos indígenas en América Latina y su denuncia práctica de la “herida colonial”, o desde un feminismo “interseccionalista” y solidario que ha recordado el carácter patriarcal y heterosexual de esa misma “colonialidad”. El primero, al impugnar conceptos como “progreso”, “crecimiento económico”, “trabajo” o “desarrollo” y sus consecuencias en el Sur y en el ecosistema planetario, ha desafiado el imaginario dominante y apelado a una necesaria transición post-fosilista. Los segundos han planteado la necesidad de cuestionar las bases mismas de la colonialidad del saber y del poder y, por tanto, del “modelo” de Estado-nación impuesto por Occidente, apostando así por una “segunda independencia”, la plurinacionalidad y la descolonialidad del poder (Cairo, 2009). El tercero ha desvelado el carácter también androcéntrico de esa colonialidad del conocimiento y, a la vez, los límites de un feminismo blanco occi-

dental de clase media meramente paternalista o relativista en relación con las mujeres del Sur (o de los Dos Tercios), proponiendo la necesidad de tener en cuenta las intersecciones entre raza o etnia, clase, género, nación y sexualidad para así llegar a sentar las bases de una nueva solidaridad basada en las “*diferencias comunes*” (Mohanty, 2008; Lugones, 2008)/2. Todos esos saberes y poderes contrahegemónicos en movimiento se hallarían hoy en un proceso de “*traducción intercultural*” o “*interfecundación*” que, en torno a ideas fuerza como “*mejor con menos*”, “*buen vivir*”, “*sostenibilidad de la vida*” o “*identidades fronterizas*”, apuntan a un nuevo paradigma civilizatorio frente al hasta ahora hegemónico.

Pero lo que más nos interesa resaltar aquí ha sido la denuncia común que todos ellos han hecho de ese divorcio fundamental entre la ciencia, por un lado, y la filosofía y las humanidades, por otro, que recuerda Wallerstein y que condujo a la “*tecnolatría*”, a la separación entre juicios de hecho y juicios de valor, a la imposición ideológica de una presunta “objetividad” del científico social “occidental”, a impedir, en fin, que el criterio de lo justo y lo injusto predominara sobre lo “real”, generalmente injusto, como lo único posible/3. Una cosmovisión cuyos efectos más perniciosos se están viendo hoy con la crisis global, sistémica y multidimensional que ha contribuido a generar y cuya manifestación más nefasta ha sido su pretensión de despolitizar a la ciudadanía respecto a la economía para así presentar la Economía Política del Capital como la única posible.

Podríamos concluir, por tanto, de este rápido recorrido que el “occidental-centrismo” se ve hoy desafiado desde el punto de vista geoeconómico por nuevas grandes potencias emergentes, pero sin que éstas cuenten con una combinación de fuentes de poder políticas, militares e ideológicas suficiente para relevar a la todavía principal superpotencia estadounidense ni, sobre todo, para ofrecer un modelo alternativo al del capitalismo occidental. En cambio, sí cabe constatar que el eurocentrismo, en tanto que vicio cognitivo y “modelo” geoeconómico y geopolítico, se ve hoy amenazado desde distintos frentes a medida que han emergido movimientos y corrientes de pensamiento que han re-visado el lado oscuro de una Modernidad capitalista, racista, patriarcal y productivista e impugnan la salida que las fuerzas hegemónicas que la han conformado buscan hoy a la crisis actual.

De la crisis de la UE a las xenofobias varias

Lo que también parece ya fuera de discusión es la crisis de centralidad de Europa –o, más bien, de las grandes potencias europeas, principalmente Alemania y Francia– en el mundo actual. Se trata de una tendencia que viene de lejos, desde

2/ Desde ese feminismo solidario y descolonial también se propone reinterpretar y cuestionar la situación de desigualdad de las mujeres en el Sur –y del Sur en el Norte– situándolas en su contexto histórico, cultural y religioso respectivo y tratando de no recaer por ello en el relativismo cultural (vid. Hernández Castillo, R. A., 2001)

3/ Esas críticas a la Modernidad capitalista, colonial/de género no implican una adhesión a las tesis posmodernas respecto al legado de la Ilustración sino una relación contradictoria con ésta: como argumenta Walter Mignolo, “*el uso de la razón propia sin guía de otros implica aceptar la guía de Kant. Cuando me refiero a descolonizar el conocimiento, entonces, lo hago con y contra Kant; de ello trata el pensamiento crítico de frontera, entendido como decolonización del conocimiento*” (2007: 80).

la Primera Guerra Mundial, que se acentuó tras la Segunda con la división continental pactada en Yalta y el ascenso ya imparable de Estados Unidos y que, pese al proceso de “integración europea” y a la posterior caída de la URSS, no se ha visto frenada.

No es éste el lugar para recordar las controversias sobre las dificultades de determinar la identidad de Europa, su demos, sus valores o sus fronteras siempre cambiantes, ya que siempre ha sido diversa política, cultural y religiosamente, y muchas veces ha estado enfrentada internamente en guerras, conflictos y luchas entre clases y grupos sociales. Por eso siempre se definió en relación a la “otredad”, tanto internamente (mediante la construcción de los respectivos Estados-naciones) como externamente (frente al bárbaro, el musulmán, el salvaje o el comunista). Me limitaré a subrayar las principales etapas por las que ha pasado desde 1945, ya que es entonces cuando emerge un europeísmo netamente occidental y cada vez más abiertamente enfrentado al nuevo “enemigo”, el bloque soviético.

Ese europeísmo está abiertamente apadrinado por Estados Unidos y claramente orientado a poner de acuerdo a Alemania y Francia en el contexto de la “guerra fría” y de la fundación de la OTAN en 1949. El objetivo común es la reconstrucción del capitalismo y la contención del movimiento obrero y su aspiración a ir más lejos de la derrota del nazismo mediante un proceso de transformación social. Así, mientras que, por un lado, en el interior de algunos Estados se va forjando el pacto keynesiano del bienestar, por el otro, la “integración europea” (occidental) aparece como el instrumento para contrarrestar las conquistas logradas desde abajo mediante la configuración progresiva de un mercado de libre cambio. Después de las primeras experiencias con el carbón y el acero, el Tratado de Roma de 1957 marca el rumbo eliminando las barreras aduaneras entre los Estados firmantes, adoptando una tarifa exterior común frente a terceros países y postulando ya las “cuatro libertades fundamentales” (las de mercancías, personas, servicios y capitales, si bien la segunda se verá condicionada ya por las demás) y la supresión de todo tipo de restricciones al comercio y a los intercambios internacionales, rechazándose ya entonces cualquier idea de búsqueda de la armonización social dentro de la Comunidad Europea (Denord y Schwartz, 2009: 63).

El primer paso se caracteriza así por lo que algunos han denominado “coexistencia” y otros “yuxtaposición” entre los regímenes del bienestar que se van configurando en los distintos países, por un lado, y un proyecto europeo que se basa en un modelo “ordoliberal”, por otro. Pero la crisis monetaria, energética y económica occidental de los años 71-73 marca el inicio de un nuevo período que coincide con la entrada de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca en la Comunidad Europea y pone de relieve la creciente incompatibilidad entre los dos procesos —el estatal y el interestatal—, que se irá saldando en beneficio del segundo, sobre todo tras la famosa sentencia de Dijon del Tribunal Europeo y la victoria electoral de Margaret Thatcher en 1979 (Maestro Buelga, G., 2008).

Justamente en 1973 se producía una Declaración sobre la “identidad europea” por parte de los Jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad que constituía un reconocimiento de la dificultad de distinguirla de la estadounidense con párrafos como el siguiente:

Los estrechos lazos que existen entre Estados Unidos y la Europa de los Nueve, que comparten valores y aspiraciones basados en una herencia común son mutuamente benéficos y deben preservarse. Estos lazos no afectan a la determinación de los Nueve de afirmarse como una entidad distinta y original.

Pero en realidad lo que se fue desencadenando desde entonces fue la utilización del nombre de “Europa” para pasar de la “yuxtaposición” de modelos a la imposición del “comunitario” sobre los “estatales” hasta el punto que uno de los intelectuales orgánicos de ese proyecto, Jean Pisany-Ferry, se permitió concluir cínicamente años después que “Europa ha sido nuestro programa de ajuste estructural”⁴.

Es a partir de 1979 cuando se va generando un europeísmo motor de la globalización neoliberal que comienza marcando sus límites al gobierno de Unión de la Izquierda de Mitterrand en Francia tras su victoria de 1981 y que, generalmente bajo la presión de “lobbies” cada vez más poderosos (como la *European Round Table*, ERT, creada en 1982), irá sentando las bases de lo que serán el Acta Única de 1986 y, sobre todo, el Tratado de Maastricht en 1992 y sus criterios de convergencia monetaristas para ir sentando las bases del euro. Más tarde, el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, vigente desde 1997, culminaría la Constitución económica material de una Unión ya ampliada a los países de Europa central y oriental liberados del yugo soviético.

Hitos posteriores como la Agenda 2000, la ampliación progresiva a nuevos países miembros y, sobre todo, el proyecto de “*Tratado por el que se establece una Constitución para Europa*” son nuevos pasos destinados tanto a avanzar en la aspiración a construir la “Europa Global” como “*la economía más competitiva del mundo*” (mediante una nueva vuelta de tuerca neoliberal y neoimperialista) como a buscar una legitimación pasiva de ese objetivo entre los pueblos de la UE, al mismo tiempo que la presunta singularidad europea –su “modelo social”– es más abiertamente cuestionada. Pero el balance de estos últimos años, con el fracaso de la “Agenda” y la imposición a duras penas de un remedo de Constitución tras las derrotas sucesivas en Francia, Holanda e Irlanda, es que sus propósitos están lejos de verse cumplidos frente a sus competidores, encontrándonos hoy frente a una mezcla explosiva de la crisis sistémica global con la de un “europeísmo de mercado” que amenaza con hacer estallar la Unión Europea e incluso el logro tan ensalzado hasta ahora del euro.

⁴/ En una declaración realizada el 24 de marzo de 2005 (Denord y Schwartz, 2009: 79). Más clara si cabe es la afirmación del catedrático de Derecho Constitucional Carlos de Cabo: “*la Unión Europea es y tiene una realidad pero también es una ideología*” (2009: 17).

Es significativo que el ya vigente Tratado de Lisboa haya eliminado el Preámbulo del Tratado Constitucional Europeo, en donde solemnemente se proclamaba su inspiración en *“la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad y el Estado de derecho”*⁵; también fueron suprimidas las referencias a la bandera y el himno europeos como símbolos oficiales.

Lo que estamos viviendo hoy es, por tanto, el fin del “sueño europeo” de la postguerra y del “postcolonialismo” que, mostrando ya abiertamente su cara “dura” neoliberal, se ha convertido en una pesadilla que quiere impedir a los pueblos de Europa encontrar una salida por la izquierda a la crisis actual. En ese contexto de miedo e inseguridad ante el futuro, tanto en el plano social como en el emocional e identitario, unidos a la desestructuración del movimiento obrero y de crisis de la democracia (corrupta) de partidos, no es casual que se refuercen los populismos nacional-culturales de derecha. Éstos convierten ahora al inmigrante no comunitario, sobre todo si es de religión musulmana, en el nuevo enemigo interno (con la “Directiva de la vergüenza”, los campos de internamiento y medidas legales islamóforas como manifestaciones extremas de la influencia de ese discurso en la “gobernanza” de la UE) frente al cual re-construir e imponer por la fuerza la “preferencia nacional-cultural” como instrumento de clasificación socio-étnica y de género. Es de temer además que ese repliegue identitario vaya acompañado de una nueva xenofobia entre países miembros de la UE (los del “centro” frente a su “periferia”, tanto la del Este como la del Sur), como ya estamos viendo con el caso griego, en el marco de una preservación cada vez más competitiva de su lugar geopolítico y geoeconómico respectivo y de ese “chovinismo del bienestar” cada vez más deteriorado con el que pretenden legitimarse. A esos dos tipos de xenofobia –y junto al ya tradicional contra el pueblo gitano– habrá que sumar los ligados a la reafirmación de los nacionalismos de Estado frente a los “periféricos” internos, como ocurre en el caso español.

La necesidad de una movilización sostenida combinada a distintas escalas frente a la UE para ir modificando la relación de fuerzas actual y pasar de las resistencias actuales a la apuesta por otro(s) camino(s) que conduzca(n) hacia la refundación de otra Europa anticapitalista, antiproduccionista, antipatriarcal y “desimperializada” es, por tanto, más urgente que nunca. Sólo así podremos ir creando nuevos marcos para que, ejerciendo su derecho de autodeterminación, los pueblos de Europa lleguen algún día a decidir vivir juntos/as y con los/as otros/as.

Jaime Pastor es profesor de Ciencia Política en la UNED. Forma parte de la Redacción de *VIENTO SUR*

⁵/A propósito de esa búsqueda de la diferencia en los “valores” parece oportuno recordar un comentario (pese a que, en mi opinión, se queda corto) de Eric Hobsbawm: *“Los valores que dominaron la historia de Europa en el siglo XX –nacionalismos, fascismos, marxismos leninismos– son de matriz tan puramente europea como el liberalismo y el laissez faire. A la inversa, otras civilizaciones han practicado algunos de los valores llamados ‘europeos’ antes que en Europa: los imperios chino y otomano practicaron la tolerancia religiosa –por suerte para los judíos expulsados de España”* (“Europa: historia, mito y realidad”, SINPERMISO, 19/10/08; disponible en www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2123)

Bibliografía:

- Agnew, J. (2005) *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama.
- Cabo, C. de (2009) “Constitucionalismo del Estado social y Unión Europea en el contexto globalizador”. *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 11, 17-48.
- Cairo, H. (2009) “La colonialidad y la imperialidad en el sistema-mundo”. *VIENTO SUR*, 100, 65-74.
- Denord, F. y Schwartz, A. (2009) *L'Europe sociale n'aura pas lieu*. París: Raisons d'agir.
- Hernández Castillo, R. A. (2001) “Entre el etnocentrismo feminista y el esencialismo étnico. Las mujeres indígenas y sus demandas de género”. *Debate Feminista*, 24, 206-230. (Disponible en www.ciesas.edu.mx/proyectos/pagina/t/aida/aidapublicaciones2.pdf)
- Lizcano, E. (2009) “La economía como ideología. Un análisis socio-metafórico de los discursos sobre ‘la crisis’”. *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, 1, 85-102.
- Lugones, M. (2008) “Colonialidad y género”. *Tabula Rasa*, 9, 73-101. (Disponible en www.revistatabularasa.org/numero_nueve/05/lugones.pdf)
- Maestro Buelga, G. (2008) “El Tratado de Lisboa y la Constitución económica”. *Revista de Derecho Comunitario Europeo*, 9, 37-68.
- Mignolo, W. (2007) *La herida de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.
- Mohanty, Ch. T. (2008) “De vuelta a ‘Bajo los ojos de Occidente’: la solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas”. En L. Suárez y R.A. Hernández (eds.) *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid: Cátedra, 407-464.
- Quijano, A. (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO. (Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/lander.html>)
- Wallerstein, I. (2007) *Universalismo europeo. El discurso del poder*. México: Siglo XXI.



2. La Unión Europea a la deriva

La UE al desnudo

Bibiana Medialdea

Atravesada por la crisis global y sistémica que caracteriza la situación económica mundial actual –con su triple dimensión en el ámbito productivo, reproductivo o de los cuidados, y de interacción con el medio–, Europa se enfrenta, de forma sobrepuesta, con lo que se ha convenido en llamar “la crisis”¹. En este artículo se analiza la secuencia mediante la cual una crisis financiera en principio estadounidense ha arrastrado a los países europeos a la recesión económica;

¹/ Aunque se utilizan nombres alternativos a lo largo del texto, a no ser que se indique específicamente lo contrario, nos estamos refiriendo a los países de la UE.